

ACTO DE ENTREGA DEL
PREMIO LIDERAZGO JOVEN 2011
DE LA FUNDACIÓN RAFAEL DEL PINO
21 de junio de 2012

PALABRAS DE ÍÑIGO PIRFANO

Señoras y señores, buenas tardes.

He de reconocerles que cuando hace algo más de un mes me comunicaron desde la Asociación de Becarios de la Fundación Rafael del Pino que había resultado ganador del premio, me resultaba difícil de creer. Me parecía –y después de escucharlos esta tarde, estoy completamente persuadido- que los otros candidatos al premio poseen, además de unas trayectorias brillantes y de unos proyectos muy sólidos, el perfil que refleja de manera más ajustada la figura del emprendedor, a saber: una fe y un optimismo en su propio sueño a prueba de balas; y la capacidad para motivar y liderar a un grupo con el que ponerlo en pie de manera eficiente.

La razón de que sea yo quien finalmente se encuentre aquí, recibiendo este galardón, hay que buscarla estrictamente en el caprichoso comportamiento de las urnas. Así pues, a todos vosotros, candidatos, os transmito de corazón mi más sincera enhorabuena, con la convicción de que cualquiera de vosotros podría estar asumiendo por méritos propios el papel que me ha tocado en suerte a mí.

Y ya que me ha tocado a mí en suerte –lo cual me llena de satisfacción y de orgullo-, deseo manifestar ahora mi agradecimiento de manera explícita:

- En primer lugar a la Fundación Rafael del Pino, así como a su Asociación de Becarios, que me han concedido esta distinción, y que han puesto tanto cariño y esfuerzo en la organización de este acto de entrega. A partir de hoy me siento en deuda de gratitud, y con una estrecha vinculación de por vida que me llena de honra.

- A los instrumentistas y al personal de la Orquesta Académica de Madrid – representados en el escenario por este grupo de cámara y presentes también entre el público- que, con su colaboración entusiasta, hacen posible que lo que sólo era un proyecto, una idea, un sueño, se haya convertido en una realidad que ha superado mis propias expectativas.

- Es de justicia que reconozca también la inestimable labor de Óscar Pintado como gerente de la orquesta y amigo sincero. Él no estuvo presente en la primera hora, pero sí desde la segunda. Desde entonces –y de esto hace ya muchos años- he encontrado en él al socio y al amigo que toda persona desearía tener, se lo aseguro. Mucho de lo que la Orquesta Académica de Madrid es, se lo debe a su infatigable labor.

- Pero sobre todo, no puedo dejar de mencionar a mi padre, Pedro Pirfano, director de orquesta y padre extraordinario –no sabría decir en cuál de las dos facetas fue más *virtuoso*-, fallecido hace tres años. A él dedico este premio. En mi trayectoria académica, he tenido la suerte de formarme con algunos de los mejores profesores y directores de orquesta del mundo; sin embargo, es a mi padre a quien considero en rigor mi *maestro*. De todos esos profesores aprendí la técnica; mi padre me transmitió el *amor*, la *pasión* por la música.

Recuerdo nítidamente que en una ocasión mi padre me contó cómo, después de una ejecución esmerada y profunda del *Requiem* de Mozart, una persona se le acercó y le dijo: “Gracias, maestro, porque después de su interpretación de esta noche, he decidido rehacer mi vida.”

Mi padre aseguraba que ése había sido el mayor éxito *profesional* de toda su carrera.

Este recuerdo me ha ayudado mucho, a lo largo de los años, a entender el poder transformador que tiene la música. Y es que la música puede hacer mejores a las personas.

Si echamos una mirada al mundo en el que nos ha tocado en suerte vivir, ¿qué observamos?

Parece que, a pesar del formidable despliegue tecnológico que acelera nuestra sociedad, la incomunicación y la estridencia se han convertido en los “grandes éxitos” que emite nuestra sociedad, rompiendo su armonía. Y así, cuando tenemos que abordar conflictos o situaciones difíciles, nos escondemos detrás de la tecnología, en vez de atrevernos a conversar cara a cara, a pronunciar un “tú” sincero.

Miren a su alrededor y verán las consecuencias de esta falta de armonía: personas rotas, familias rotas, equipos rotos, empresas rotas, países rotos... ¡un mundo roto!

¿Puede ser que estemos interpretando el mundo en una clave errónea?;

¿puede que estemos intentando abrir sus puertas con una llave equivocada?

Permitan mi osadía si les aseguro que estoy convencido de que la música se revela como uno de los grandes solucionadores de problemas que han sido dados al hombre, gracias a su enorme poder transformador.

Tengo que confesarles que, de manera inconsciente, siempre había creído que el mundo del emprendimiento y de la implementación, del *coaching* y del liderazgo, de los “*feedbacks-360*”, de los “*start-ups*” y del *branding* me resultaban tan *cercanos* como la sección de comida para gatos del supermercado. Un músico recibiendo un premio de liderazgo... ¿no se trata acaso de una contradicción en los términos?, como decía D. Pío Baroja, refiriéndose al periódico de una región que me es muy cercana y querida.

Yo creo que no. Admito –con toda seguridad es culpa nuestra- que el músico no pasa por ser el paradigma del individuo con los pies en la tierra. (Les aconsejo que no dejen en manos de un músico alguna gestión de la que dependa la vida de sus *seres queridos*: por ejemplo que cambie de agua al canario durante el mes en que se encuentran de vacaciones).

Esto es cierto. Sin embargo, un músico –un director de orquesta, de manera eminente- es alguien que experimenta a diario, y en primera persona, el impresionante poder de la música. Además, el director de orquesta –así lo exige su profesión- ha de ser una persona especialmente dotada de las virtudes que configuran al líder: alguien para el que la argumentación y la empatía –claves del liderazgo- constituyen el elemento esencial de su quehacer cotidiano y de su modo de trabajar.

Ante la difícil tarea de conducir un equipo, el verdadero líder es aquél que es capaz de *proponer, sin imponer*. Aquél que se gana la autoridad y el respeto de quienes trabajan con él, por la calidad de sus propuestas, unida a la amabilidad de sus maneras.

El verdadero líder no *convence* –término que recuerda demasiado a *vencer*- sino que *persuade*. Sus ideas siempre son iluminadoras, enriquecedoras, creativas; se dirían que abren *océanos* de posibilidades. Transmite de manera auténtica y sincera el *entusiasmo*: eso que se traduce automáticamente en una gozosa y plena adhesión al proyecto, y en un estado interior que permite reunir las fuerzas necesarias para superar toda suerte de dificultades.

Y un pequeño detalle: solamente la persona que emprende desde ese entusiasmo, despierta en cuantos la rodean, un apenas perceptible -pero muy característico- brillo en la mirada. A esto llamamos *motivación*.

Comprender y motivar –eso que se consideran las notas definitorias de la inteligencia emocional- pertenecen a la naturaleza de la praxis musical. Los

músicos las vivimos de manera intuitiva y –por qué no decirlo- un poco irreflexiva. Hablamos de “respirar, frasear, articular con el otro”, sin ser del todo conscientes de la importancia que esto entraña.

El acto mismo de *hacer* música es de naturaleza amorosa: el intérprete –su *yo*, su singularidad- ha de desaparecer para poder conjugar el *tú* de una interpretación rica y profunda.

Y aquí viene la paradoja: en ese acto de abajamiento, de auto-negación, de *desaparición*, su personalidad queda enriquecida con la grandeza necesaria para poder transmitir la grandeza del compositor y de su obra. *Tener grandeza para transmitir grandeza*: éste es el *quid* de la interpretación musical; pero para tener grandeza, es necesaria la humildad. Y esto es algo que los hombres olvidamos con demasiada frecuencia.

Tal vez los problemas comiencen a solucionarse cuando nos convenzamos de que hemos de *volver-a-aprender* a mirarnos de otra manera: buscando siempre lo que une, no lo que separa.

Para esto sirve la música: para tender puentes, para unir a las personas, para instaurar la armonía frente al caos.

¿Qué sería de una sociedad en la que cada persona limara sus asperezas – sus *disonancias*- para buscar la armonía del conjunto?;

¿qué sería de una familia o de una empresa en los que desaparecieran los *desajustes rítmicos* –los mezquinos intereses personales, las rencillas que tanto daño hacen, la desunión, la incomunicación– y cada uno pusiera todo lo que está de su parte para conseguir el contrapunto más perfecto, la armonía más lograda, la interpretación más sublime y sobrecogedora?

Hoy es 21 de junio, Día Europeo de la Música. Una ocasión espléndida para traer a nuestra consideración la Novena Sinfonía de Beethoven, convertida en Himno Europeo en 1985 y declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. En su último movimiento irrumpe, con una fuerza desconocida hasta ese momento en el campo del sinfonismo, la voz humana. Parece como si a Beethoven se le quedaran pequeños los moldes del sinfonismo tradicional y tuviera que construir unos a la medida de su genio creador. En la célebre *Oda a la Alegría* con la que cierra su último movimiento, Schiller y Beethoven nos recuerdan algo que los hombres no deberíamos olvidar nunca, y que, en unos tiempos como los actuales, debería constituir todo un programa de vida:

*Seid umschlungen, Millionen!
Diesen Kuss der ganzen Welt!
Brüder, überm Sternenzelt*

Muss ein lieber Vater wohnen.

(¡Abrazaos, multitudes!

¡Este beso al mundo entero!

Hermanos, sobre la bóveda estrellada

Debe habitar un padre amoroso).

Si gracias a este premio, pudiera encontrar a lo largo de mi trayectoria profesional tan sólo a una persona que me dijera “gracias, maestro, porque después de su actuación, he decidido rehacer mi vida”, me vería doblemente recompensado, y podría devolverle a mi padre la deuda que con él tengo contraída, por esa enseñanza que nunca olvidaré.

Muchas gracias.